—Mira á Marcio qué cara pone al sorprender las miradas que se dirijen de vez en cuando Eutima y Plinio—dijo Salustio á Lisipo.

—Los celos y la desesperacion están pintados en su semblante.

Con efecto, Marcio no apartaba la vista del enverjado tras del cual estaba Eutima, sino para fijarla en Plinio que no se cuidaba del disgusto que proporcionaba á su rival.

Los asientos de Glauco y Plinio estaban junto al de Marcio.

Plinio, sin poder resistir al deseo de contemplar la belleza de la simpática hija de Diómedes, aprovechaba todos los instantes oportunos para verla.

Marcio se mordia los labios con ira.

Dos personajes se presentaron en aquel momento en el teatro.

Eran el general Agrícola y el elocuente orador Tácito.

Un murmullo de satisfaccion se dejó oir por todos los ámbitos.

Agrícola y Tácito se colocaron en los asientos de bronce con ricos almohadones, situados en el punto privilejiado.

El espectáculo iba á dar principio.

La música, colocada en el mismo sitio de la *orchestra*, en una tribuna llamada *thimele*, empezó á dar al viento sus notas.

El teatro estaba lleno de gente.

Ni una sola localidad se veia desocupada.

Los cinco mil asientos que contaba el edificio, estaban ocupados.

Los *alquiladores*, gente de la plebe, que se ocupaba en sacar provecho de los mejores asientos, y que iban á ocuparlos muchas veces desde media noche, se levantaban y los cedian á las personas que no encontraban lugar, mediante una regular retribucion.

La vista que presentaba aquel público, vestido con trages de los mas poéticos colores, era sorprendente.

Las señoras, luciendo lujosos trages y joyas, y recibiendo aire de los vistosos abanicos que las esclavas ajitaban delante de ellas, parecian deidades mitológicas.

El telon de boca, llamado *siparium* para la comedia, y *aulæum* para la trajedia, tenia pintado el sitio puesto á Troya por Agamenon, pues en aquellos tiempos siempre se presentaban en los telones, escenas históricas.

Plinio, juzgando que iban á dar principio al espectáculo, envió una mirada á la hermosa Eutima que le correspondió con una hechicera sonrisa.

Marcio dejó ver en su rostro la expresión del despecho próximo á estallar.

—Me parece que amenaza una tempestad—dijo Salustio á Lisipo aludiendo al primo de Eutima.

—Así lo creo.

—Desde que hemos llegado, no ha hecho otra cosa Marcio que poner en juego todos los medios para incomodar á Plinio.

—La fortuna es que Plinio está usando de la prudencia del hombre de talento, y no se da por entendido de nada.

—Sin embargo, al paso que lleva Marcio, la cosa será tan clara que no podrá desentenderse, y entonces.....

Y con efecto era así; Marcio, buscando un pretexto para reñir con Plinio, ya se ponia de pié delante de él para impedirle ver la escena, ya se recargaba sobre su asiento molestándole con su codo, ya se sonreia burlonamente cada vez que dirijia la vista hácia el sitio en que se encontraba Eutima.

Plinio, revistiéndose de la mayor filosofía, procuraba que su vista no se encontrase con la de su celoso adversario.

Buscando, pues, objetos donde fijar la atencion, se detuvo á leer una inscripcion colocada encima de la escena.

—Voy á copiar lo que dice, y á hacer varios apuntes respecto del teatro para dárselos á Tácito—dijo Plinio á Glauco sacando una tableta.

—Yo te leeré la inscripcion, para que tú no tengas mas trabajo que el de escribirla—le contestó Glauco.

—Está muy bien.

Entonces el amante de Ione leyó la inscripcion que decia así, y que aun se conserva en el teatro.

MM. HOLCONI. RVFVS ET CELER
CRITAM TRIBVNAL THEATRVM
S. P.
AD DECVS COLONIÆ.

"Marco Holconio Rufo y Marco Holconio Celer, han erijido á sus expensas una alhóndiga, un tribunal y un teatro, para embellecimiento de la colonia."

En cuanto Plinio se puso á escribir, Marcio introdujo su codo, como distraidamente, en el asiento del jóven que odiaba, y dándole con él en el brazo, hizo que se le cayese la tableta al suelo.

Plinio le miró con disgusto, pero queriendo atribuirlo á casualidad y no á intencion, guardó silencio.

Glauco no estaba en antecedentes, y creyó casual aquel incidente.

Salustio y Lisipo se sonrieron.

Eutima palideció temiendo un lance.

Por fortuna el ruido del telon que bajó de repente, pues entonces en vez de subir como en nuestros teatros, descendia, haciéndole entrar ó desaparecer por una abertura, se escuchó en aquel instante, y todo el mundo dirijió la vista al escenario.

Eutima se tranquilizó al ver que Marcio y Plinio prestaron igual atencion.

Un actor, cubierto el rostro con una careta trágica, se presentó reclamando el silencio.

Restablecido este, el actor empezó una relacion preliminar, que los romanos llamaban *prologus* (prólogo) y que contenia la explicacion sumaria ó argumento de la pieza que se iba á representar.

El público escuchó en silencio el prólogo, concluido el cual subió el telon.

No habian trascurrido muchos momentos, cuando volvió á bajar, dando principio á la tragedia.

La decoracion se dejó ver entonces haciendo fijar la atencion del público.

En el fondo no se descubria, como se descubre en nuestros teatros, la decoracion propia del asunto que se desenvuelve en el drama.

Entonces la decoracion del fondo era fija: igual para todas las piezas. Era una decora-

cion sólida, ricamente decorada con bellas columnas, con mármoles, estatuas, y cuanto constituye el lujo arquitectónico.

Esta magnífica decoracion monumental era para la tragedia. Cuando se representaba una comedia, la escena se cubria con un lienzo pintado, representando casas, calles, un *Forum*, ó bien jardines, grutas, montañas ó bosques.

En el fondo de la escena se descubrian tres puertas: la de en medio, llamada *aula regia* (*Puerta real*) servia de entrada á los héroes de la pieza y conducia á los palacios del principal personaje, en cuya casa pasaba la accion: las otras dos, mas pequeñas y rectangulares, llamadas *hospitalis*, daban entrada, como lo indica la palabra latina, á las piezas de los huéspedes ó extranjeros á quienes se daba hospitalidad ó se recibian, y se suponia que una comunicaba con la ciudad y la otra con el campo.

En el pavimento de la escena habia varios escotillones practicados para las apariciones y desapariciones.

La gente tenia fija la vista en la suntuosa decoracion, cuando se dejó ver con noble continente en la escena, Medea, la protagonista de la tragedia.

Un grito de aprobacion resonó por todas partes.

La actriz que desempeñaba el papel de Medea, era alta, de bellas formas, y estaba lujosamente vestida, pues los actores sacaban ricos trages, adecuados al rango de los personajes que desempeñaban.

Una hermosa máscara trágica cubria su rostro, y sus pequeños pies iban calzados de coturno.

La máscara la sacaban entonces todos los actores. Se distinguian tres clases: la trágica, la cómica y la pantomímica. La parte de la máscara que cubria el rostro, era de madera, y en ella se dejaba conocer la edad, el carácter del personaje y los sentimientos que debian animarle en su papel, de suerte que á primera vista, el espectador reconocia al viejo austero ó indulgente, al jóven modesto ó frívolo, al sábio ó al tonto, al labrador, al soldado, al esclavo y á todas las clases de la sociedad. Cuando un mismo personaje debia pasar alternativamente en una misma escena, de un sentimiento pronunciado á otro diametralmente opuesto, la máscara presentaba de un lado un afecto y del otro lado el opuesto sentimiento, de manera que el actor no hacia mas que volverse de un lado á otro para cambiar el perfil. Si la pieza exijia el cambio de carácter de una escena á otra, entonces cambiaban de máscara.

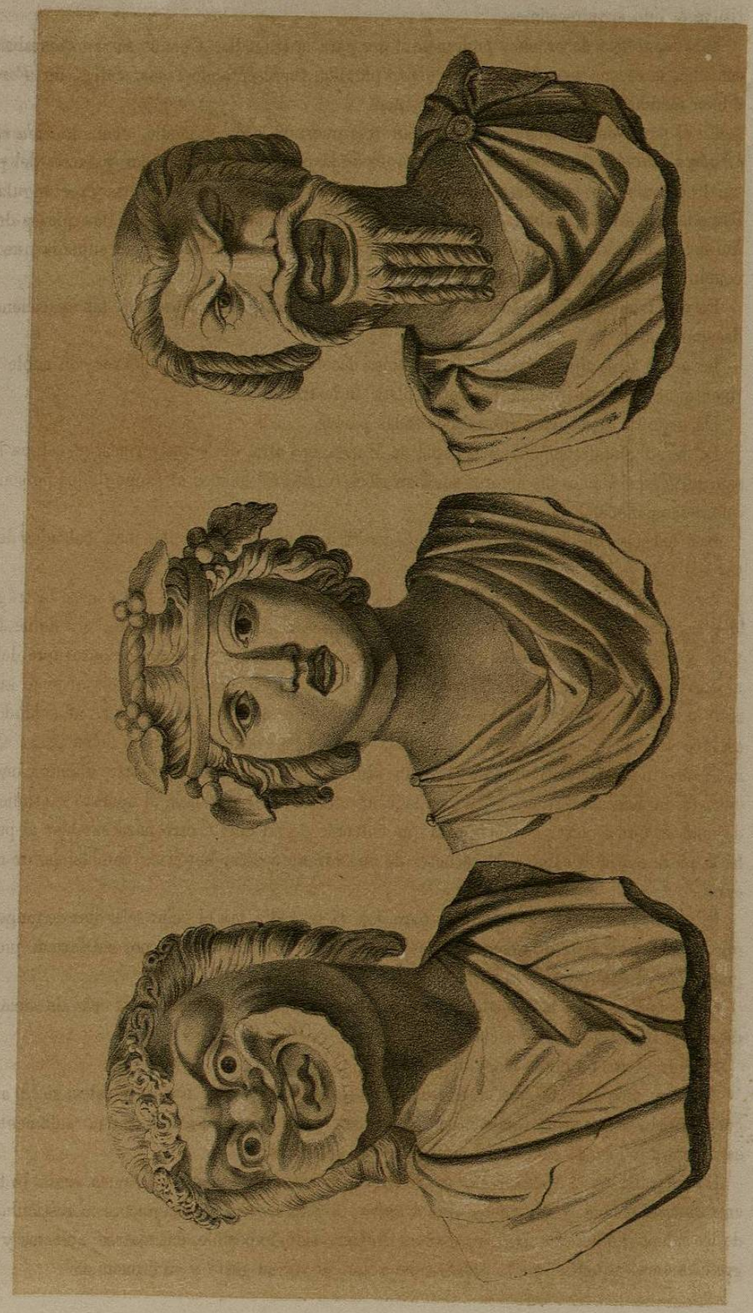
El número de máscaras diferentes para solo la tragedia, era el veintiseis: diez de mugeres, seis de ancianos, siete de jóvenes y tres de esclavos. Se distinguian por su forma, por su gusto, por el color, y por la barba y cabellos.

Las máscaras para la comedia eran cuarenta y cuatro; diez de mugeres; ocho de ancianos; diez de jóvenes, y ocho de esclavos.

Para la sátira no habia mas que seis.

A todas estas caretas, que eran generalmente magníficas y de formas ideales, se les agregaba la peluca que tenia relacion con el carácter de la máscara; así es que no solamente la cara, sino tambien la cabeza del actor estaban cubiertas.

La máscara, en la época á que me refiero, servia como de porta-voz, pues tenia la boca en forma de bocina, y tan ancha, que á traves de ella se veia perfectamente la gesticulacion de los labios del actor. De otra manera hubiera sido imposible, en teatros abiertos y tan grandes como aquellos, oir la palabra del actor, ni ver su gesto y su fisonomía.



Lit. de Iriarte.

ACTORES CON CARETA.

Sátirica de anciano.

Cómica de mujer jóven.

Trájica de hombre jóven.

Pero no solamente en las caretas se distinguia el rango de los personajes, sino tambien en el traje que sacaba el actor. En la comedia, los viejos salian siempre vestidos de blanco, y los jóvenes de colores diversos; los esclavos llevaban un manto corto; los parásitos un *pallium* (capa larga) recojida al rededor de ellos; los mercaderes de esclavos un *pallium* de colores sin órden; las jóvenes un vestido raro, y las *cortesanas* una toga amarilla.

Los actores, para aparecer á la distancia larga á que se encontraban de la mayor parte del público, de una corpulencia proporcionada, se abultaban el cuerpo perfectamente; y para aumentar la estatura, se ponian en la comedia un calzado llamado *zueco*, y en la tragedia el *coturno*.

Despues de esta digresion que he creido curiosa y útil para el lector que busca en la lectura algo mas que el pasatiempo, continuemos la relacion de nuestra historia.

—¡Con qué propiedad está vestida esta excelente actriz Flora!—dijo Salustio á Lisipo—Es la primera en el arte y en belleza.

—Y la única que se ha librado de tus persecuciones.

—Sí; porque está para casarse con un primo mio, militar, jóven y valiente que debe llegar de un dia á otro á Pompeya, y ambos se aman con delirio; pero escuchémosla.

En el semblante del hombre que les observaba, se pintaron la alegría y la sorpresa al oir aquella noticia.

Salustio y Lisipo, así como todo el público, prestaron completa atencion.

La actriz, con efecto, en el papel de Medea, no podia estar mejor.

Su voz sonora y la gesticulacion de los labios que permitia ver la gran boca de la careta, estaban de acuerdo con el asunto. Esta accion, así como la voz, estaban sostenidos y reglados por el acompañamiento vivamente acentuado de una flauta de plata que acompañaba los monólogos. El músico que acompañaba la declamacion del actor, vestia un trage talar brillante, y se paseaba junto á la escena de un lado á otro, segun el sitio en que se hallaba el actor, á fin de que oyese bien el instrumento.

La flauta daba el tono sin ofuscar la pronunciacion que, aunque natural, evitaba no obstante la familiaridad usada en la conversacion. Las piezas cómicas estaban mezcladas de partes cantadas.

Algunas veces los monólogos eran ejecutados por dos actores á la vez; pues mientras uno cantaba, sin ser visto, desde una puerta de la escena, el que estaba en esta, ejecutaba la parte mímica.

Las flautas eran de dos especies: unas, cuyo sonido era agudo, servian para los pasajes alegres; y otras, cuyo sonido era grave, para las escenas sérias.

Al terminar la actriz que desempeñaba el papel de Medea, su larga relacion, el público, arrebatado de entusiasmo, se levantó de sus asientos, y la aplaudió estrepitosamente.

La favorecida actriz manifestó su agradecimiento, de la manera con que en aquellos tiempos indicaban su gratitud los actores; esto es, enviando besos al público.

Al hermoso monólogo de Medea, siguió un coro, acompañado tambien por la música, y en que las caretas y los trages indicaban la condicion de cada individuo.

El monólogo dicho por Medea y el coro, constituian el acto primero; y el telon se subió para que la música ejecutase alguna pieza en el entreacto.

A pesar de estar cubierto el teatro con el *velarium*, el calor era terrible.

Para mitigarlo, se abrió el conducto de un depósito de agua que habia perfectamente he-

cho, y una lluvia fina como el rocío, y perfumada con delicadas esencias, se esparció por todos los ámbitos del teatro, suavizando la ardiente temperatura.

Este depósito en que estaba el agua, y que era á la vez recipiente de ella, se llamaba *crypta*, y se hallaba situado en la parte superior del teatro, fuera del semicírculo que formaban las gradas. Esta *crypta* ó depósito, era una especie de torre, cuadrada por fuera y redonda por dentro, de cuatro metros de ancho. Difícil es darse cuenta del procedimiento que usarian para elevar el agua á una altura tan grande como la que ostentaba aquel receptáculo que alimentaba el agua necesaria para regar el teatro.

En cuanto terminó él primer acto, Glauco se levantó de su asiento.

—Voy—le dijo á Plinio—á hablar un rato con Salustio y Lisipo.

Marcio sintió un placer indecible al escuchar aquellas palabras.

Su deseo de que Plinio quedase solo, iba á realizarse.

—Vete; pero te suplico que no me prives por mucho tiempo de tu agradable compañía.

—Vuelvo á tu lado dentro de un instante.

Glauco se dirigió entonces á donde estaban Salustio y Lisipo.

Marcio vió llegado el momento que anhelaba.

Plinio dirigió la vista hácia el sitio en que estaba Eutima, y sus ojos se encontraron con los hermosos de la jóven.

—¿Recibísteis un escrito que os envié con Crémes, esclavo de Diómedes?—dijo á Plinio Marcio, con acento de ira reconcentrada que no se le ocultó al primero.

—Sí; lo recibí—contestó secamente Plinio.

—Pues en ese escrito os decia que no volviéseis á hablar con Eutima, y sin embargo, habeis hablado con ella despues.

—Eso os probará que estimo en mas mi satisfaccion que vuestro capricho.

—En aquellas líneas os decia que yo la amo.

—Creo que hubiérais andado mas exacto, si hubiéseis dicho que érais uno de los muchos que la aman.

—A mí me interesaba que supiérais que yo la amo.

—Y yo puedo deciros que no tenia el mas leve interes en saberlo.

—Pues ya lo tuviéseis ó dejáseis de tenerlo,—dijo Marcio exaltado por la impasible calma de Plinio—sabeis que la amo, y exijo de vos que me prometais lo que en mis letras os pedia; que no la volvais á hablar nunca.

—Al manifestar esa exijencia, olvidásteis sin duda que con ella podíais despertar en mí otra exijencia no menos importante.

—¿Cuál?

—La exijencia de que me prometais que tendreis por absurda vuestra exijencia.

—¿Quiere decir que estais resuelto á verla?

—Vos lo habeis dicho.

—¿Ignorais que os odio?

—Eso me prueba que os ocupais mas de mí, que yo de vos.

—Es que si no os ocupais de mí, no es porque os sea indiferente, sino porque sois.....

—¿Qué?

—¡Un cobarde!—dijo Marcio dejando estallar su cólera; pero en voz baja que solo pudo oirla Plinio.

El honrado jóven sintió subírsele al rostro todo el fuego encendido en su corazon por aquel insulto.

Hasta entonces habia podido conservar su calma; pero á la palabra cobarde, á aquella injuria arrojada al rostro por quien se habia declarado su enemigo, no pudo contenerse, y contestó con marcado enojo, pero sin que nadie mas que Marcio pudiese oirle:

—Si no careceis de valor para sustentar vuestro insultante calificativo, espero que estareis dispuesto á que os pruebe que sois un infame impostor.

—Ansío la prueba.

—¿Cuándo?

—Despues de la funcion.

—¿Dónde?

—En el sitio mas retirado de la bahía: en el bosque que á esa hora estará solitario. Yo llevaré espadas.

—Corriente. Os esperaré en el bosque.

—Muy bien.

—Ahora guardemos silencio, y finjamos la mas alta indiferencia, para que nadie sospeche lo que entre los dos ha acontecido.

Y Marcio y Plinio se pusieron á mirar la concurrencia, como si el acalorado diálogo que acababan de tener hubiera sido una conversacion amistosa.

Sin embargo, una muger habia palidecido desde el momento en que Marcio dirigió la primera palabra á Plinio.

Aquella muger era Eutima.

Estaba persuadida del odio que su primo consagraba á Plinio, y temió un disgusto de funestas consecuencias.

Pero aquel temor empezó á desaparecer poco á poco de su alma, cuando Plinio, al alzar la vista hácia donde ella estaba, dejó ver en su semblante la dulzura y la tranquilidad.

Entonces creyó que habia calificado de una manera injusta á su primo, y casi sintió cariño hácia él, pensando que las palabras que habia dirijido á Plinio, habian sido dictadas por la deferencia y la amistad.

No abrigaba la misma creencia, otra persona que, desde la *summa cavea*, esto es, desde las últimas y mas elevadas gradas del teatro, habia estado con los ojos fijos en Marcio y Plinio, desde el instante que Glauco se alejó.

Aquella persona era Crémes, el esclavo de Diómedes, á quien el primo de Eutima le habia regalado una tésera para que asistiese á la funcion, advirtiéndole que estuviese con cuidado, porque tal vez necesitaria de él.

Mientras Plinio habia dirijido su mirada á Eutima, Marcio la envió al sitio que ocupaba Crémes, haciendo con la cabeza un movimiento que sin duda debia ser una señal convenida, puesto que el esclavo contestó con una inclinacion imperceptible de cabeza.

Pero todo aquello quedó entre ellos, pues nadie llegó á advertir lo mas mínimo de aquel mudo lenguaje.

Glauco, despues de haber hablado con Salustio, volvió al lado de Plinio.

El segundo acto de la tragedia empezó, y el público lo escuchó con vivo interes.

Al concluir el segundo acto y subir el telon, la menuda lluvia odorífera con que se suavizaba la atmósfera, volvió á refrescar el teatro.

Marcio miró entonces hácia el sitio en que estaba Crémes, y su mirada se encontró con la del esclavo.

En aquella mirada Crémes leyó una órden, y salió hácia el corredor, desde donde se disfrutaba de la deliciosa vista del mar.

En este corredor se entretenia el pueblo, durante los entreactos, en grabar con el punzon, inscripciones mas ó menos convenientes, y casi todas hoy ilejibles.

Muchas de aquellas inscripciones daban á conocer los gladiadores mas afamados, cuyos nombres iban acompañados de una cifra que indicaba el número, muchas veces increible, de sus victorias.

Habia una inscripcion con el nombre de un gladiador que habia salido vencedor en ciento cincuenta combates.

Esta inscripcion ha sido recojida por un sábio escritor.

Muchos de aquellos nombres eran bárbaros, y pertenecientes evidentemente á esclavos.

—¿Te vas ya, Crémes?—le preguntó al esclavo de Diómedes un gladiador que se entretenia en leer las inscripciones.

—No, querido Tetraide; bajo á un negocio, y vuelvo.

Crémes, sin detenerse un instante, cruzó el corredor y bajó á la puerta de entrada.

En ella le esperaba Marcio.

—¿Qué ordenais?

Marcio le dijo algunas palabras al oido.

—¿Y quereis que vaya ahora?—preguntó Crémes así que Marcio acabó de hablarle.

—No: despues de terminada la funcion.

—Está bien: me tendreis con las espadas en el sitio que me habeis indicado.

—Que todo el mundo ignore este acontecimiento.

—Perded cuidado.

Marcio y Crémes se separaron.

El primero entró al teatro y se colocó en su asiento, y el segundo subió á ocupar su lugar en la *summa cavea*.

La funcion siguió sin nada notable para nuestra historia.

Eutima se habia tranquilizado.

La última escena de la tragedia llegó, como era preciso.

El actor que decia las últimas palabras, se dirijió entonces, como era costumbre al fin de toda pieza dramática, al público, y exclamó: *Aplaudid*.

Un aplauso general resonó entonces por todo el teatro.

Al terminarse la funcion, Marcio se despidió de Plinio, le dijo una palabra en voz baja sin que ningun otro se apercibiese de ella, y salió del teatro sin detenerse un instante.

Cuando salió á la puerta, se encontró con el esclavo Crémes que le esperaba.

—¿Teneis que ordenarme algo nuevo?—le preguntó Crémes.

—No, nada: vete inmediatamente por lo que te dije.

—Os he esperado, porque así me lo ordenásteis, por si se os ofrecia algo mas.

—Pues ninguna otra cosa es necesario: corre, pues, que yo te espero en el sitio que te dije.

El esclavo desapareció, y Marcio se alejó á paso veloz del teatro.

La gente, entre tanto, salia de la funcion.

Plinio y Glauco se detuvieron en un sitio en que habia algunos carruajes, que esperaban á las damas que habian asistido á la tragedia.

Detras de ellos, y á muy corta distancia, pero cubierto por una columna, se encontraba un hombre que los habia ido siguiendo, y que durante la representacion no habia perdido ni una sola de las miradas cruzadas entre Ione y Glauco.

Aquel hombre era Arbace: el gran sacerdote de Isis.

Eutima y Ione salieron del teatro acompañadas de sus esclavas.

Al ver á Plinio y Glauco, les saludaron con dulce afabilidad y montaron en la carroza.

Al partir esta, volvieron á saludar sonriendo hechiceramente, y desaparecieron entre las calles.

—Yo haré que se convierta en llanto esa sonrisa—dijo para sí Arbace con ira y despecho.—¡Disponen su union! ¡Ah!..... antes consentiria en perder la vida, que en permitir que Ione se uniese á Glauco.

Y el orgulloso sacerdote de Isis se alejó preocupado con las ideas que atormentaban su corazon.

Glauco y Plinio caminaron tambien hácia el centro de la ciudad, con direccion á la casa del primero.

Al llegar á la puerta, Plinio se despidió de su amigo.

—¿No entras?—le dijo Glauco.

—No; porque me interesa ver á Tácito en su casa.

—Es verdad; se me habia olvidado que me lo dijiste al salir del teatro.

—Hasta mañana, querido Glauco.

—Hasta mañana, amigo Plinio.

Glauco entró en su casa, y Plinio se dirijió, no á la de Tácito como le habia dicho á su amigo, sino hácia el bosque inmediato á la bahía, para donde le habia citado Marcio.